



LA TOMA DEL FUERTE

Fragmento de un poema inédito

DESCRIPCIÓN DE UNA BATALLA

Cuando su débil lumbre
 Que al cielo dora
 Encendió tras los montes
 La blanca aurora,
 Y su tibio destello
 De luz incierta
 Á la tierra dormida
 Dijo «despierta»,
 Del sol los refulgentes
 Rayos primeros
 Ya quebraron las lanzas
 Y los aceros,
 Y al despuntar el día
 Sobre la sierra
 Encontró á los soldados
 En pie de guerra.
 ¿Qué mucho, si su auxilio
 La patria implora,
 Que madrugue el guerrero
 Más que la aurora?
 Allá, sobre un collado
 Por donde trepa

Al pie de los olivos
 La verde cepa,
 Detrás de su estandarte
 Que agita el viento
 Avanza en anchas filas
 Un regimiento.
 El redoblar constante
 De los tambores
 Ensordece doquiera
 Valles y alcores,
 Y se mezcla del campo
 Por los confines
 Con la voz penetrante
 De mil clarines.
 Cuando con movimientos
 Acompasados
 Descendiendo hacia el valle
 Van los soldados,
 Los bellos uniformes
 Vistos de lejos
 Al moverse despiden
 Vivos reflejos,

Y las filas semejan
 De un mar las olas
 Que salpican de espuma
 Las banderolas.
 El sol reverberando
 Por las cañadas
 Sobre las bayonetas
 Y las espadas,
 Finge en las lejanías
 Del horizonte
 Que una sierpe de fuego
 Se enroscó al monte,
 O que un torrente de oro,
 Que la luz baña,
 Raudó se precipita
 Por la montaña.

—
 Más lejos, por seguras
 Manos sujetos
 Millares de corceles
 Piafan inquietos,
 Levantando á los aires
 Nubes de arena
 Cuando la fuerte brida
 Su ardor refrena.
 No esperan largas horas
 El duro trance;
 Pronto dan las cornetas
 Señal de avance,
 Y á carrera se lanzan
 Los escuadrones
 Excitando la furia
 De sus bridones,
 Que van ijadeantes
 En la embestida,
 La ancha nariz abierta,
 La crin tendida,
 Sangrienta la mirada
 Que la ira altera,
 Del huracán rivales
 En su carrera.
 El polvo que levantan,
 Y al cielo sube,
 Envuelve á los soldados
 En densa nube,
 Nube cuyas entrañas
 Conmueve el trueno
 Y el rayo que aniquila
 Lleva en su seno.

—
 Detrás, por el camino
 Que al pueblo guía,
 Rueda pesadamente
 La artillería.
 Los carros atestados
 De municiones;

El trepidar constante
 De los cañones;
 De las voces de mando
 Los mil sonidos;
 El trotar de los brutos
 Enardecidos;
 El cornetín sonoro
 Que al campo atruena....
 Todo en rudo concierto
 Los aires llena.

—
 ¡Cuán bello el panorama!
 Por todas partes,
 Cañones coronando
 Los baluartes;
 Fortísimos reductos;
 Torres escuetas
 Y campos erizados
 De bayonetas.
 Batallones que marchan
 Contra la altura
 Por caminos ocultos
 En la espesura;
 Tropeles de caballos
 En las praderas
 Dando constantemente
 Cargas ligeras;
 Y aquí y allá, las voces
 De la guerrilla;
 Cascos resplandecientes
 Donde el sol brilla;
 Hurras y maldiciones,
 Gritos ahogados,
 Las músicas que animan
 Á los soldados;
 Banderas desplegadas,
 Semblantes fieros,
 Relinchar de corceles,
 Chocar de aceros,
 Sangre, muerte, quejidos,
 Fuego, metralla....
 ¡Todo el séquito horrible
 De la batalla!

—
 El fuerte apercebido
 Mira sereno
 Avanzar al contrario
 De furia lleno;
 Pero al mirar de cerca
 Sus energías
 Rompen en vivo fuego
 Las baterías.
 Á las roncadas descargas
 De los soldados
 Que suben por el monte

Diseminados,
 Responde con tremendas
 Detonaciones
 La voz atronadora
 De los cañones.
 «¡Adelante!» diciendo
 «¡Siempre adelante!»
 La tropa sigue y sigue
 Terca y pujante.
 ¿Qué importa los que caigan
 En la subida?
 ¿Quién que triunfar desea
 Piensa en la vida?
 ¡Adelante! ¡adelante
 Tras la victoria!
 Cuanto mayor el riesgo,
 Mayor la gloria.

—
 Como volcán enorme
 Que estalla ciego
 Convertido en torrente
 De lava y fuego,
 Del fuerte las trincheras
 Y baluartes
 Hierro y metralla arrojan
 Por todas partes.
 Excitando el coraje
 De los valientes
 Que oyen silbar las balas
 Sobre sus frentes,
 «¡Más de prisa, muchachos!»
 Grita altanero
 Un coronel que marcha
 Siempre el primero.
 «Pendiente de vosotros
 La patria espera
 Ver sobre aquellas torres
 Nuestra bandera:
 La nación sufre el yugo
 Del enemigo.....
 Si queréis libertarla,
 Venid conmigo.»
 Su voz de los soldados
 La ira espolea,
 Y se lanzan furiosos
 Á la pelea.
 Descarga tras descarga
 Repite el viento,
 Y los hombres combaten
 Con nuevo aliento.
 Ya no ven en su marcha
 Ni aun la vereda,
 Envueltos en la nube
 De la humareda;
 Pero en cambio avanzando
 Van de tal suerte,
 Que ya llegan algunos
 Al pie del fuerte.

Cuerpo á cuerpo á la lucha
 Todos se lanzan;
 Aquéllos se resisten,
 Éstos avanzan;
 Los golpes ya de cerca
 Son más certeros;
 Saltan chispas al choque
 De los aceros;
 Infernal vocerío
 Doquier resuena,
 Que mar, montaña y valles
 Todo lo atruena;
 Una hoguera es el monte
 Cuyos reflejos
 Cual los del sol poniente
 Brillan de lejos;
 Y en medio del estrago
 De la pelea,
 Cuando en rojo torrente
 La sangre humea,
 Dominando el estruendo
 Y el vocerío
 Allí donde se lucha
 Con mayor brío,
 Una voz vigorosa
 Llena y vibrante:
 «¡Adelante!» repite,
 «¡Siempre adelante!»

—
 Mientras sigue la lucha
 De horrores llena,
 Á la sombra de un árbol
 Pasa esta escena:
 —«Venid acá conmigo»—
 Grave y pausado
 Dice un jefe á un sargento
 Que va á su lado—
 Sostenedme un instante.
 —¿Qué os ha ocurrido,
 Mi coronel?— Bien poco;
 Que me han herido.
 ¿Qué tengo en esta pierna?
 No será nada.....
 —¡Si la tenéis partida
 De una lanzada!
 Llamaré.....— Ni por pienso:
 Callad, amigo.
 —Os estáis desangrando.
 —¡Necio recelo!
 Atadme bien la herida
 Con mi pañuelo.
 — No basta.— Apretad fuerte.
 — Pero es locura.....
 — Para andar á caballo
 Basta esta cura.
 Ea, que se hace tarde;
 Vamos al trote:
 Envolvedme la pierna
 Con el capote,

Y que no sepa nadie
 Que estoy herido:
 Os lo mando..... os lo ruego.
 —Seréis servido.»
 Y hundiendo á su caballo
 La espuela dura,
 El córonel se aleja
 Por la espesura,
 Y al pie de las trincheras
 Con voz vibrante,
 De nuevo entre las filas
 Grita: «¡Adelante!»

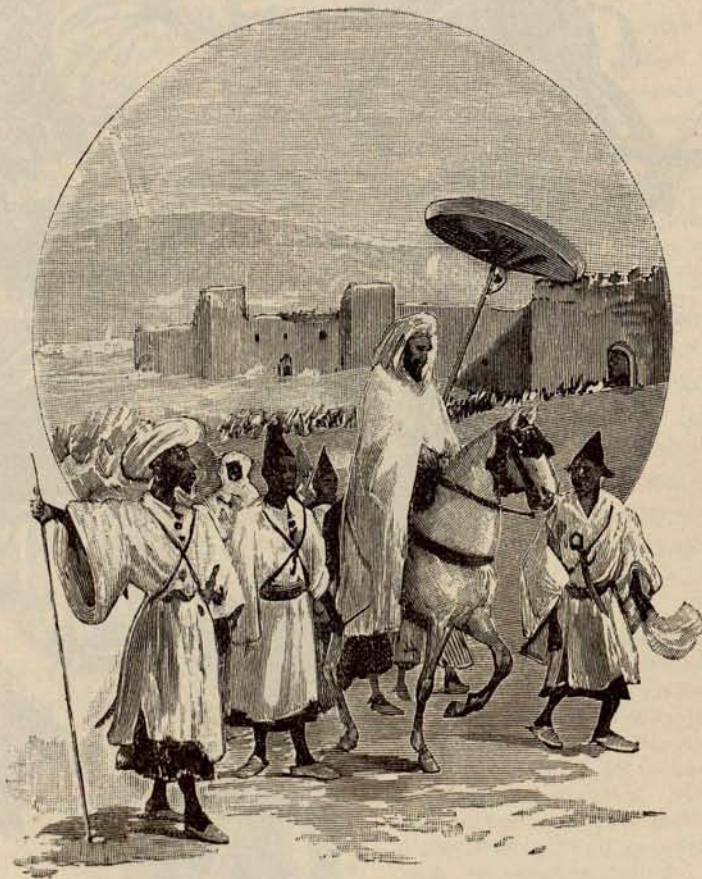
—
 Prosigue encarnizada
 La lucha impía;
 Los que atacan redoblan
 Su valentía;
 Están las municiones
 Casi agotadas....
 Mas las balas ¿qué importan
 Si aun hay espadas?
 —«Ya son nuestros, muchachos;
 Vamos de prisa»,
 El coronel exclama

Con voz concisa;
 Y en efecto, son suyos,
 Porque la muerte
 Produjo tantas bajas
 En los del fuerte,
 Que apenas hay cien hombres
 En sus almenas,
 Ahora tan solitarias
 Y antes tan llenas.

—
 Un esfuerzo, y el lauro
 De la victoria
 Á las huestes que atacan
 Dará la gloria.
 Ya comienza el asalto;
 Ya á las trincheras
 Llegan los batallones
 Con sus banderas;
 Ya no existe enemigo
 Que los provoque. ...
 ¡Pronto!!..... Pero..... ¡silencio!.....
 ¿Qué es ese toque?

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Junio 1890.

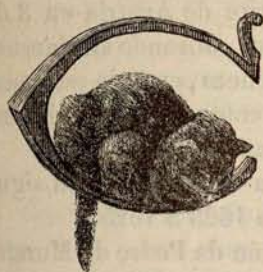




CORNETA DE LA «VIEJA GUARDIA».

(Estudio de Meissonier.)

EL MARIDO DE LA VACA



UANDO publiqué mi libro titulado *Cuadros viejos*, y lo mismo al dar á la estampa en *La Ilustración Española y Americana* mi composición en verso *Duques y comediantas*, dije una y otra vez que los famosos recitantes del siglo XVII *Jusepa Vaca* y

Juan de Morales Medrano fueron marido y mujer.

Insertó mi buen amigo Ricardo Sepúlveda la segunda en su curioso y bien aliñado libro *El Corral de la Pacheca*, y en una nota no se mostró del todo conforme con aquel aserto, que suponía, y suponía bien, que yo había tomado del libro, debido á la pulera y erudita pluma de D. Luis Fernández-Guerra, titulado *D. Juan de Alarcón*.

Fundaba Sepúlveda sus escrúpulos para admitir el consorcio de Juan y la Jusepa en «que el mundo de los literatos, de los bibliófilos y de los faranduleros ha estado hasta el advenimiento del libro de D. Luis en la segurísima idea de que la *Jusepa* fué esposa de Alonso de Morales (llamado el Divino) y no de Juan».

Robustecía sus aprensiones la confirmación del peritísimo Conde de Schack en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, y me rogaba que me pusiese de acuerdo con D. Luis Fernández-Guerra para determinar aquel punto de una vez para siempre.

Por desdicha la muerte nos arrebató á tan diligente erudito y eximio literato, que por sí solo se bastaba y sobraba para disipar los recelos del más nimio, y yo voy ahora á ver si logro dejar sosegada la conciencia literaria de mi excelente amigo el timorato cronista de *El Corral de la Pacheca*.

Tres representantes de apellido *Morales*, y todos tres famosos, eran delicia de los cómicos corrales en los comienzos del siglo XVII.

Llamábanse *Alonso*, *Pedro* y *Juan*, y todos lograron que encomiaran su mérito los escritores más eminentes de entonces.

Aunque los tres fueron contemporáneos, era de todos el de más edad Alonso, coetáneo de otro Alonso, el renombrado

Cisneros, que en sus mocedades había pertenecido á la compañía de Lope de Rueda y floreció en tiempo de Felipe II, como lo expresa Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*.

Á tal perfección llegó en el arte, que le dieron renombre de *Divino*, como lo consignó Cristóbal Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas las ciencias y artes*, libro publicado en 1615, y en el que enumera á Alonso entre los farsantes que habían ya muerto, no expresando el año, si bien le cita antes que á Ríos (Nicolás), que falleció en 1610. Puede suponerse, pues, sin gran violencia, que murió antes que este último y acaso con anterioridad al año 1603, durante el cual preparó para la estampa Lope de Vega su libro *El Peregrino*, en donde consigna los autores de compañías que representaron unas comedias, farsantes los más insignes que entonces vivían, y siendo de ellos, como fueron, el mencionado Nicolás de los Ríos, Villegas y el viejo Cisneros, todos ya muertos en 1615, según Suárez de Figueroa, no tomó parte en aquellas representaciones el *Divino* Alonso, por lo que no será aventurado creer que se debió el no citarle Lope, á que había ya entonces fallecido.

Pedro de Morales fué otro de los que en aquellas representaciones aparece como autor, haciendo con su compañía la comedia *Los amantes sin amor*. Con tal motivo le llama Lope *cierto, adornado y afectuoso representante* (1).

(1) *El Peregrino en su patria* es una novela de Lope, en que éste refiere las varias aventuras que en Barcelona, Valencia, Zaragoza y Toledo suceden á Nise y Pánfilo, que es el Peregrino. En la novela se insertan algunos autos sacramentales, uno de los que se imagina representado á la puerta del templo de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y cuando termina el libro, no sólo con las bodas de los protagonistas, sino con las de otros personajes, como la de Celio con Finea, Lisardo con Tiberia, Leandro con Elisa y Jacinto con Lucinda, el padre de Nise, Leonicio, hace que tan faustos sucesos se solemnicen en Toledo, en donde el desenlace ocurre, con ocho días seguidos de representaciones teatrales, ó mejor dicho diez. Y es de notar que aun cuando el asunto del libro es una ficción, las diez comedias que se supone representadas son verdaderas, del mismo Lope, incluidas todas en el catálogo que insertó en el prólogo del libro para que se supiese cuáles eran genuinamente suyas, ya que la codicia de los libreros le atribuía muchas que no lo eran, para venderlas bajo tal salvoconducto. Supone además que dichas diez

Pedro debiera hallarse entonces en toda su lozanía, pues sobrevivió á Lope, sabido falleció de setenta y dos años el día de la festividad de San Agustín, 28 de Agosto de 1635, y á su muerte escribió Pedro un soneto que principia:

Desde que fué pastor tierno Belardo

nombre poético que tomó el monstruo de la naturaleza (1).

Por tanto, Pedro de Morales debía de ser á esta sazón de más que madura edad, pues sin duda era ya autor de compañías cuando Cervantes daba comedias á los corrales, que fué, según Moratin, antes del año de 1578.

Entonces debió de acoger favorablemente las del autor del *Quijote*, y agradecido éste dijo de él por eso en el *Viaje del Parnaso*:

Éste, que de las musas es recreo,
La gracia y el donaire y la cordura,
Que de la discreción lleva el trofeo,
Es Pedro de Morales, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Á donde se repara mi ventura.

(CAP. II.)

comedias fueron representadas en aquellas fiestas por otros tantos farsantes, que lo eran verdaderos, tales como Porras, Alcaraz, Pinedo, Cisneros, Ríos, Villegas, Santander, Granados, Vergara y Pedro de Morales, único de quien pone nombre y apellido, sin duda para que no se le confundiese con los otros Morales. Estos autores serian, seguramente, los que las representaron al estrenarse.

Debió de terminar este libro el fecundo Lope en los últimos meses del año 1603, por cuanto la aprobación del secretario Tomás Gracián Dantisco es de 25 de Noviembre de dicho año, puesta en Valladolid, donde entonces estaba establecida la Corte, y la dedicatoria de Lope á D. Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego y Montalván, es de Sevilla, último día del año 1603, y se imprimió en 1604.

Pues bien; es de notar que de todos los autores que dice que representaron dichas comedias, acaso todas escritas en aquel año, Porras, Ríos, Granados y Villegas, son cuatro de los ocho á quienes únicamente se dió licencia para representar en toda España, según ordenanza fechada en Valladolid, en 26 de Abril de 1603, año en que precisamente se terminó el libro y en el que probablemente lo escribiría todo escritor tan fácil y fecundo como Lope. Uno de esos ocho autores de compañías era Juan de Morales.

(1) El soneto se insertó en la *Fama póstuma* de Montalván. Respecto de la fecha de la muerte de Lope de Vega, dijo D. Cayetano Rosell, en la biografía de aquél, publicada en el tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra que contiene sus obras no dramáticas, que por la cuenta de Montalván, fué el 21 de Agosto de 1635, que lord Holland dice que el 26, y que el doctor Fernando Cardoso en su oración fúnebre afirma que fué el 27. Esta última fecha consignó el Sr. Rosell en la biografía de Lope, que escribió para el Almanaque de *La Ilustración* de 1879. Don Juan Eugenio Hartzenbusch, en el tomo cuarto de Calderón de la mencionada Biblioteca, asigna al fallecimiento la fecha del 21 de Agosto.

Esto no obstante, en el códice manuscrito C. c. 180 de la Biblioteca Nacional, al fol. 16, dice: «En 28 de Agosto, día del glorioso Doctor de la Iglesia, San Agustín, murió en Madrid el fénix Lope de Vega Carpio, teniendo setenta y dos años de edad, dejando impresos cuarenta libros y más de mil y siete cientos comedias depositó su cuerpo en la parroquia de San Sebastián de la corte.» La circunstancia de añadir á la fecha la festividad de San Agustín, santo tan señalado en la Iglesia y en aquel tiempo, dadas las ideas dominantes, tan venerado, parece dar autoridad á este manuscrito, por cuanto advierte una coincidencia muy de notar entonces. Échase de ver además en el autor de aquellos avisos la particularidad de hacer constar la festividad en que los hechos acontecian, cuando era notable; así, al referir la muerte de Montalván, dice: «Murió en esta corte de Madrid el doctor Juan Pérez de Montalván, en 24 de Junio (1638), día del Precursor Bautista, en edad de treinta y seis años; sepultáronle en la iglesia parroquia de San Miguel, dejando escritas ciento treinta y seis comedias y seis libros impresos.» Mesonero Romanos sólo le asigna unas sesenta comedias y autos sacramentales.

Por cierto que el Sr. Hartzenbusch, en la obra mencionada, discurrendo acerca del año en que debió de escribir Calderón su comedia *No hay burlas con el amor*, dice que Montalván murió el 25 de Junio.

Cervantes encarece á Pedro mucho más que Lope, y estas frases últimas parecen expresar la buena acogida del histrión poeta á las obras del poeta manco, reparando así su ventura, con lo que ganaba el dinero, de que nunca estuvo muy sobrado, el antiguo cautivo de Argel.

Por eso cuando éste, ya viejo, tornó á escribir para el teatro y le halló invadido por Lope, y cuando *no halló pájaros en los nidos de antaño* (1) y supo que un autor de compañías, de los de título, despreciaba sus comedias, porque de su verso *no se podía esperar nada*, debió recordar con amargo reconocimiento la acogida de Morales, tan distinta de la de *aquel su maldiciente autor*, como le llama.

El viejo Miguel echaba de menos á su contemporáneo Pedro (2), á quien seguramente hubiera llevado sus comedias y no al otro, de seguir siendo autor.

Juan de Morales Medrano era también, á principios del siglo XVII, renombrado autor de compañías.

Demuéstralo que cuando á los albores de aquella centuria, ó sea á 26 de Abril de 1603, mandó Su Majestad que en todos sus reinos no pudiese haber sino ocho compañías de representantes, uno de éstos fué Juan de Morales (3).

Muerta la joven reina D.^a Margarita de Austria en 3 de Octubre de 1611, cerráronse los teatros, durando su clausura hasta Abril del año siguiente, y entonces, en 8 de este mes, se autorizó para representar á doce compañías, siendo una de ellas la de Juan de Morales Medrano.

Renovadas las licencias de dos en dos años, Juan sigue figurando como autor en el bienio de 1623 á 1625.

Por este tiempo no se halla mención de Pedro de Morales como autor de compañías; de Alonso queda dicho que había fallecido muchos años hacía (4).

Pero vengamos al punto de la dificultad.

¿Cuál de los dos Morales, Alonso ó Juan (á Pedro nadie lo ha tomado en boca) fué el asendereado marido de Jusepa Vaca?

Dicho queda en qué me fundo para suponer que Alonso el *Divino* ya no existía en 1603.

Por esta época hechizaba ya con sus encantos físicos y su talento de comedianta la Josefa Vaca, que según el conde Adolfo Federico Schack, fué mujer de Alonso.

El mismo escritor facilita la noticia de que en la biblioteca del Duque de Osuna se conserva el manuscrito original de la comedia de Luis Vélez de Guevara *La serrana de la Vera*, fechado en Valladolid en 1603, viéndose en la hoja del título la nota: *Para la señora Josefa Vaca* (5).

(1) Palabras de Cervantes mismo en el prólogo de sus comedias, impresa en 1615. El *Viaje del Parnaso* salió á luz á fines del año anterior 1614.

(2) Aunque contemporáneo, debió ser bastante más joven que Cervantes y alcanzar edad avanzada, pues aquél murió de sesenta y ocho años en 1616, y el soneto de Pedro á Lope fué escrito cerca de veinte años después.

(3) Estos ocho farsantes, entonces privilegiados, fueron: Porras, Ríos, Pinedo, León, Granados, Alcázar, Villegas y Juan de Morales. Dícilo así el Conde de Schack en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, refiriéndose á un manuscrito de la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Siempre que cito aquella obra aludo á la traducción de don Eduardo de Mier.

(4) Estas noticias sobre los años en que Juan de Morales fué autor de título, tráelas D. Luis Fernández-Guerra en su *Alarcón*.

(5) Tenía Luis Vélez de Guevara, á la fecha de la comedia treinta y tres años, pues nació en 1570.

Hallábase, pues, ésta en la corte al tiempo de la dedicación, porque es sabido que de 1600 á 1605 fué Valladolid residencia de Felipe III.

Recordemos que en aquel mismo año de 1603 se dió título de autor de compañía en aquella ciudad á Juan de Morales, según el documento citado por Schack.

¿No sería, pues, él y no Alonso (tal vez ya difunto) quien al llegar á la corte, establecida en las orillas del Pisuerga y no en las del Manzanares (1), se encararía con la Jusepa, espetándole, por vía de exhortación, aquel soneto, que al efecto debía de haberle proporcionado el conde de Villamediana, mal avenido con las cómicas famosas, que dice así?

—Oiga, Josefa, y mire que ya pisa
Esta corte del rey; cordura tenga,
Mire que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre, sin hablar, avisa.
Por esta santa y celestial divisa (*Muestra un Cristo*)
Que de hablar con los principes se abstenga,
Y, aunque uno y otro Duque á verla venga,
Su marido no más, su honor y misa.—
Dijo Morales y rióse un poco;
Mas la Josefa le responde airada:
—¡Oh, lleve el diablo tanto «guarda el coco!»
¡Mal haya yo si fuere más honrada!—
Pero como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuése y no hubo nada (2).

Cristóbal Suárez de Figueroa, que en su *Plaza universal* mencionó tantos comediantes de fama, ya muertos, ya vivos, no citó ni á Pedro ni á Juan de Morales, cuyo renombre, no obstante, era positivo cuando publicó su obra, y había sido Juan de los contados farsantes que obtuvieron el privilegio de título real.

Sin embargo, enumera entre los que llama *prodigiosos hombres y mujeres en representación* á la Jusepa Vaca, y también á María de Morales, que parece era hija de Alonso.

La Jusepa, que en tal fecha estaba en el apogeo de su gloria, no podía ser madre de la hija del difunto Alonso, citada ya como *prodigiosa* á la par que la Jusepa.

Á ésta, en otro soneto que copiaré después, dijo Villamediana, muerto en 1622, que tenía *edad poca*.

Jusepa, sin embargo, tuvo una hija llamada Mariana Vaca (3), que más de veinte años después de publicarse el libro de Figueroa era mujer del autor de compañías Antonio García de Prado, y con él representó en Madrid la comedia de Calderón *No hay burlas con el amor* y el *Sansón* de Montalván (4).

(1) Schack, al referir esta anécdota, que atribuye á Alonso, dice que éste lo ejecutó al llegar á Madrid.

(2) Tal como aquí transcribo el soneto se halla en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, M. 200; pero en el que lleva la signatura M. 8. hay otra copia en la que el primer verso del primer terceto está del siguiente modo:

Dijo Morales y rezó su poco.

(3) En la *Plaza universal* de Figueroa se menciona entre las farsantas ya fallecidas en 1615 una *Mariana Vaca*. ¿Sería madre de la Josefa, que en memoria suya pondría igual nombre á su hija? Sabido es que entonces se tomaba á voluntad el apellido del padre, de la madre ó de más lejanos dudosos.

(4) Entre las loas de Benavente hay una que representó Antonio García

Villamediana dejó escritas sus diatribas en verso contra la Jusepa y la María de Córdoba, á quienes defendieron, también en verso, Quevedo y el alcalde de corte y poeta don García de Porras.

Por el último vemos que en este tiempo la hija de Jusepa no era una histriónisa ya famosa, como la María de Morales que nombró Figueroa, sino una jovencueta, á quien, por aquello de que la madre era *Vaca*, llama *ternera*, con equívoco de dudoso buen gusto.

Copiaré unas estrofas del buen alcalde, que dicen así:

Á JUSEPA VACA Y Á SU HIJA.

Para mí solamente, Amor,
Para mí tienes tus manos.
Haced burla de Amor, serranos,
Que no tiene fuerza Amor.
Perded el temor,
Que una *Vaca* y una *ternera*,
A quien nunca se atrevió,
Pacen libres en la ribera.

Con presumida exención
Se apacientan descuidadas,
Más de tus tiros erradas
Que del hierro de tu arpon:
Donde hay resistencia son
Hidalgos los vencimientos,
Mira que en mis rendimientos
Son tus rigores villanos.
Haced burla de Amor, serranos,
Pues no tiene fuerza Amor, etc. (1).

Según el Sr. Fernández-Guerra en su *Alarcón*, Juan de Morales continuaba siendo autor en 1626, y autor áulico, por decirlo así, pues aquel año siguió con su compañía al rey D. Felipe IV á Zaragoza y Barbastro con el objeto de

de Prado, en la que él mismo y la *autora*, ó sea su mujer, que lo era en segundas nupcias la Mariana Vaca, dicen al público:

PRADO.

Tres comedias tengo nuevas
De Don Pedro Calderón.

AUTORA.

Y es la primera que hacemos
No hay burlas con el amor,
.....
.....

PRADO.

También el doctor Juan Pérez
Me ha dado otra de *Sansón*.

Habiendo fallecido Montalván en 24 de Junio de 1638, es de parecer el señor Hartzzenbusch, en la obra ya dicha, que esa loa debió ser representada en la Pascua de Resurrección de 1637. Por esta época la María de Morales, contemporánea de la Jusepa en 1615, debía de contar más de cincuenta años, si se tiene presente que aquella era ya famosa en 1603, en que Vélez le dedicaba comedias. La autora Mariana Vaca estaría en la flor de su edad, siendo como era más joven que su marido Antonio García de Prado, pues primero que con ella estuvo casado con Isabel Ana, hija de otra *autora*, que se hacía llamar *Doña* Luisa Garcés, porque antes de meterse á farandulera fué mujer de un cierto médico toledano, hidalgo y de bastante crédito.

(1) Se halla esta letrilla en una colección de poesías manuscritas, formando dos tomos, que posee la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza. Véase el tomo II, folio 152.

hacer al Rey *particulares*, ó sea comedias en su regio hospedaje, por cuyo trabajo se le dieron 3.000 reales, á buena cuenta, el 4 de Febrero de dicho año.

En esa expedición fué con el Monarca el insigne D. Francisco de Quevedo, quien no perdió el tiempo, pues en Zaragoza sacó á luz en aquel año su famosa novela picaresca conocida por *El gran Tacaño*. El héroe, entre sus muchas aventuras, corre la de meterse comediante en una compañía que iba á Toledo.

Al mes ya Alonsete, ó sea Pablos, había logrado gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar, y envaneído, hablaba de entender de la comedia y murmuraba de los *cómicos famosos*, reprendiendo los gestos á *Pinedo*, dando su voto en el reposo natural de *Sánchez* y llamaba *bonico* á Morales (1).

Este *Morales*, citado en el libro de Quevedo, no puede ser otro que Juan, que en aquel año de 1626 estaba también en Zaragoza, formando parte de la regia comitiva, como don Francisco.

Alonso había muerto antes de 1615, y de Pedro no hizo nunca mención Quevedo, ni suena como ejerciente ya en aquel tiempo.

Quevedo escribió también otra obra en que cita á Morales y la *señora* Jusepa, obra destinada al teatro y escrita seguramente, no sólo para su compañía, sino para ser representada por ellos, por lo menos por la Josefa, que no se desdeñaría de bailar por agradar al público, cuando también bailaban histrionisas que no le fueron á la zaga, como la renombradísima María de Córdoba y la inimitable María Riquelme, sus contemporáneas.

Digo esto, porque la obrilla dramática á que me refiero es el baile titulado *Cortes de los bailes*.

Supone en ella el poeta que *los padres del regodeo* convocan á cortes aquellos bailes apicarados y revoltosos, delicias del vulgo, como fueron el *Escarramán*, el *Rastro viejo*, el *¡Ay, ay, ay!* y otros, para remudar sus meneos, porque estaban ya

Tan traidos y tan sucios,
Que conviene que inventemos
Novedades de más gusto,

como les dice el propio Escarramán.

Discuten los convocados de quién tomarán *los movimientos traviesos*, si de los locos, si de los bravos, si de los endemoniados—; tan alborotados eran!—y deciden tomarlos de *las cosquillas por hurto*, esto es, hechas á hurtadillas, y entonces dice:

Siempre ha tenido Morales
Cosquillas en el jugar,
Mas la señora Jusepa
No las consintió jamás.

Pero ¿cuándo escribió Quevedo este baile y otros varios, como *Las valentonas*, *Los galeotes*, *Las sacadoras*, etc.?

Seguramente en pleno reinado de Felipe IV, que no

(1) Quevedo, al llamar *bonico* á Juan de Morales, no quiso decir, como parece suponer Sepúlveda, que fuese *hermoso*. Bonico no es sinónimo de bonito en aquella acepción, sino diminutivo de bueno. Era que el engraido Alonsete sólo conceptuaba menos que bueno al famoso Morales. Después de todo, éste era calvo.

alcanzó Alonso de Morales, pues sabido es que aquel Monarca subió al solio en 1621.

Quevedo, de tan universal talento, sin rival en la agudeza, no sintió inclinación al teatro, y entonces que había

En cada calle cuatro mil poetas,

apenas si, como ensayo, se puso la máscara de Talía.

Esto no obstante, ni él ni otros poetas famosos se desdeñaron de escribir entremeses, jácaras y bailes hacia mediados del siglo XVII, según escribe el Conde de Schack (1).

En el año 1663, muerto hacía ya tiempo D. Francisco, se publicaron los bailes en Zaragoza en la edición de *Romances varios*.

La *Joco-seria*, de Quiñones de Benavente, que contiene las loas, entremeses y bailes del poeta, vió la luz en 1645.

El célebre Roque de Figueroa, autor de los de más nota á mediados del siglo (2), una de las veces que fué á representar á la corte empezó con una de las loas de Benavente.

No se descuidó el rubio Roque en hacer que el poeta dijese en verso al público, por su boca, no sólo que traía seis comedias, tres estudiadas ya y tres por estudiar, todas nuevas, sino que mencionaba los bailes, añadiendo que él mismo estaba dispuesto á bailar si se lo mandaban, y eso que el buen Roque era más que medianamente grueso. Decía:

..... Los que cantan
Letras y bailes famosos,
Aunque aquí dicen que bailan
A cuarenta, y que bailando
Corren toros, juegan cañas;
Los que traigo son de á ocho,
Y si más gente os agrada,
¡Vive Dios! que baile yo,
Porque de más importancia
Es hacer lo que mandáis,
Que las silbas que me aguardan.

A ese género de bailes, en que se corrían toros y jugaban cañas, pertenecían, en cierto modo, los escritos por Quevedo, remedando una escuela de esgrima, una boda, unas cortes, etc., bailes tan en uso en el tiempo á que se refiere Schack, que como escribía aquel flamenco que viajó por España y publicó su viaje en 1665, muchas veces era lo más entretenido de las funciones teatrales (3).

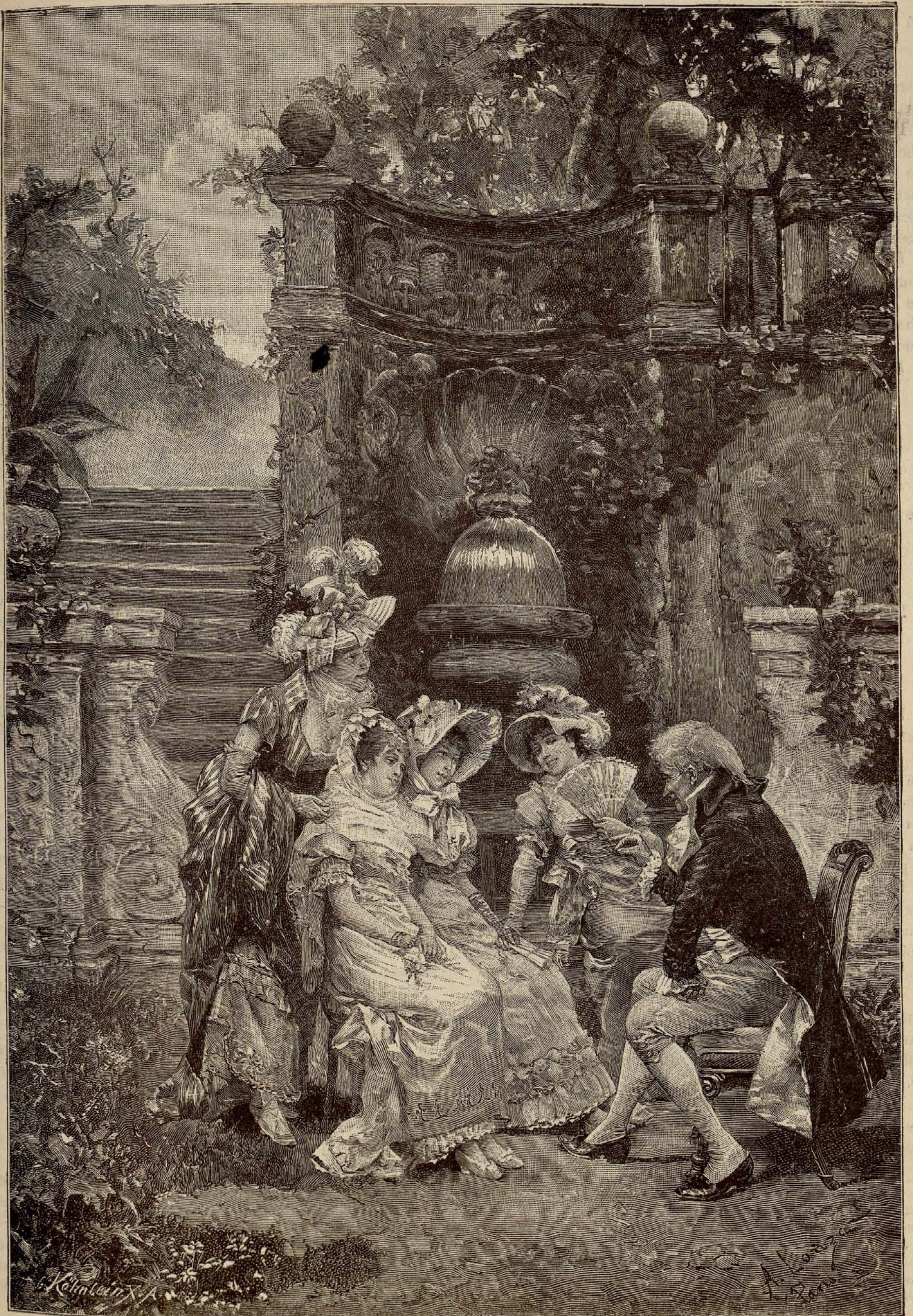
Por eso el arrendador Baltasar Ruiz estipulaba «que los bailes no se han de quitar honestamente, *que es la salsa de las comedias y no valen nada sin ellos.*»

Ya se ve, pues, en qué época escribía Quevedo sus bailes, y por tanto cuál era el *cosquilloso* Morales, marido de la se-

(1) Schack dice que hacia mediados del siglo XVII, cuando á consecuencia de la afición al lujo de Felipe IV se aumentó considerablemente el aparato escénico, no se desdeñaron de escribir bailes Quevedo, Lope, Quiñones, Mendoza, Calderón y otros.

(2) Roque de Figueroa, que llegó á ser octogenario, estaba en auge á mediados del siglo XVII, como lo prueba que cuando D.^a Mariana de Austria desembarcó en Tarragona en 1649, como esposa de su tío D. Felipe IV, aquel farsante representó una comedia á la Reina en la antepopa de la galera Real, según dice D. José Pellicer en sus *Avisos*.

(3) Cítalo D. Casiano Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*.



CUENTO HUMORÍSTICO. — Cuadro de A. Lonza,

ñora Jusepa. Sin duda alguna el mismo Morales el *bonico* de su *Buscón*.

Por cierto, allí vemos que le nombra á la par que á Sánchez, porque los dos estarían en auge: pues bien; Quiñones de Benavente los cita juntos asimismo en un solo verso, en cierta loa con que empezó en Madrid Lorenzo Hurtado, y dice que uno y otro son autores *del tercio viejo*, de los que *fueron, solían*.

Podría conjeturarse de aquí que dicha loa era muy posterior al *Buscón* de Quevedo, acaso una de las más modernas de Benavente en su *Joco-seria*. De otros datos podría deducirse también, ya que en dicho libro existe otra loa con la que principió en la corte Roque de Figueroa (1).

En ella se cita á los autores Prado y Romero,

Y tras ellos diz que baja
El rayo de la comedia,
El autor de más pujanza,
Gran Turco Andrés de la Vega,
Y Amarilis Gran Sultana.

Se menciona asimismo á Damián Arias;

De los versos nueva vida
Y de las acciones alma,

y por fin á un Lorenzo,

Parte de tanta importancia
Que, para hacer los segundos,
Sólo la humildad bastara.

Este humilde Lorenzo, que hacía los segundos en la compañía de Roque, era, á no dudar, Lorenzo Hurtado, que con el transcurso del tiempo había subido á autor y empezaba, ya por *segunda vez*, con la loa citada, y por eso, pasados los años, el autor de más pujanza, Andrés de la Vega, era ya *autor jubilado*, había *dejado de serlo* Arias: lo era sólo *por su gusto* Bartolomé Romero, que habría juntado dineros (2), y pertenecían ya *al tercio viejo* Sánchez y Morales.

Uno de los interlocutores de esta loa es el gracioso *Pinelo*, de quien hablaré luego, porque contra él, así como contra Jusepa, María de Córdoba, Morales y Figueroa, escribió epigramas cierto poeta, hecho que demuestra que eran todos contemporáneos.

Pero como el Conde de Schack, en su *Historia de la literatura*, escribe como cosa corriente que Josefa Vaca fué mujer de Alonso de Morales, mi amigo Sepúlveda siente sobre sí el peso de esta autorizada opinión, y duda de la de D. Luis Fernández-Guerra.

No obstante, ahora veremos que precisamente el Conde de Schack suministra en su obra los datos más concluyentes que prueban que Jusepa y Juan fueron marido y mujer,

(1) Lorenzo Hurtado era autor más moderno que Sánchez y Morales, como que fué sucesor de Avendaño *el mazo*, que murió hacia 1635. Avendaño *el viejo* había fallecido ya en 1615, según Figueroa. Por eso la loa con que Lorenzo empezó en Madrid, ya por segunda vez, aunque es la primera que se inserta en la *Joco-seria* de Benavente, debió de escribirla con mucha posterioridad á la que recitó la compañía de Roque.

(2) En *El Donado hablador* se dice: «Así no hay autor que no esté empuñado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó á ser rico» (Primera parte, cap. IX). Pudiera creerse así de Bartolomé Romero, que era *autor por su gusto*.

porque tales datos se refirieron á ambos como vivos, en tiempo en que había fallecido Alonso.

Sabida cosa es que en 17 de Marzo de 1623, reinando Felipe IV, llegó á Madrid de incógnito el príncipe de Gales, Carlos Estuardo, con ánimo de casarse con la infanta doña María; y aunque la boda no tuvo efecto, permaneció el príncipe inglés en la corte hasta el 9 de Septiembre, siendo muy festejado durante todo este tiempo.

En 26 de Marzo hizo su entrada pública, y para ello, según era costumbre en tales casos, se había trasladado previamente el Príncipe de Gales al *cuarto* del monasterio de *San Jerónimo*. Esto lo verificó aquel día, que era domingo, sobre las once de la mañana, no siendo obstáculo su calidad de hereje para que la santa comunidad saliese á recibirle á la primera puerta y le acompañase hasta dicho aposento ó *cuarto*, donde quedaron con el de Gales el prior y el padre Pedrosa, predicador de S. M.

Por entonces no se había construido todavía el Buen Retiro.

Por la tarde, á las cuatro, fué el Rey á reunirse con él, en coche y con las cortinas echadas; pero luego salieron ambos juntos á caballo, aunque la tarde estaba lluviosa, dirigiéndose al regio alcázar, donde desde aquel día había de estar aposentado el inglés.

Lenguas se hacen varios papeles de aquel tiempo del sorprendente boato que en todo y por todos se desplegó aquella tarde, y entre tales documentos el códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, X, 157, del que tomo estas noticias, añade que en las bocacalles había tablados, y en los cuatro mayores representaban las cuatro compañías que había en Madrid, que eran las de Avendaño, *Morales*, Prado y Vallejo.

Este Morales era Juan.

El Conde de Schack nos dice (1) que en una cuenta antigua original, del alcázar Real de Madrid, que llegó á sus manos, consta que desde el 5 de Octubre de 1622, los domingos, jueves y días festivos de cada semana se representaron en el aposento de la Reina muchas comedias, que hasta el 8 de Febrero siguiente fueron cuarenta y tres, y costaron 13.500 reales.

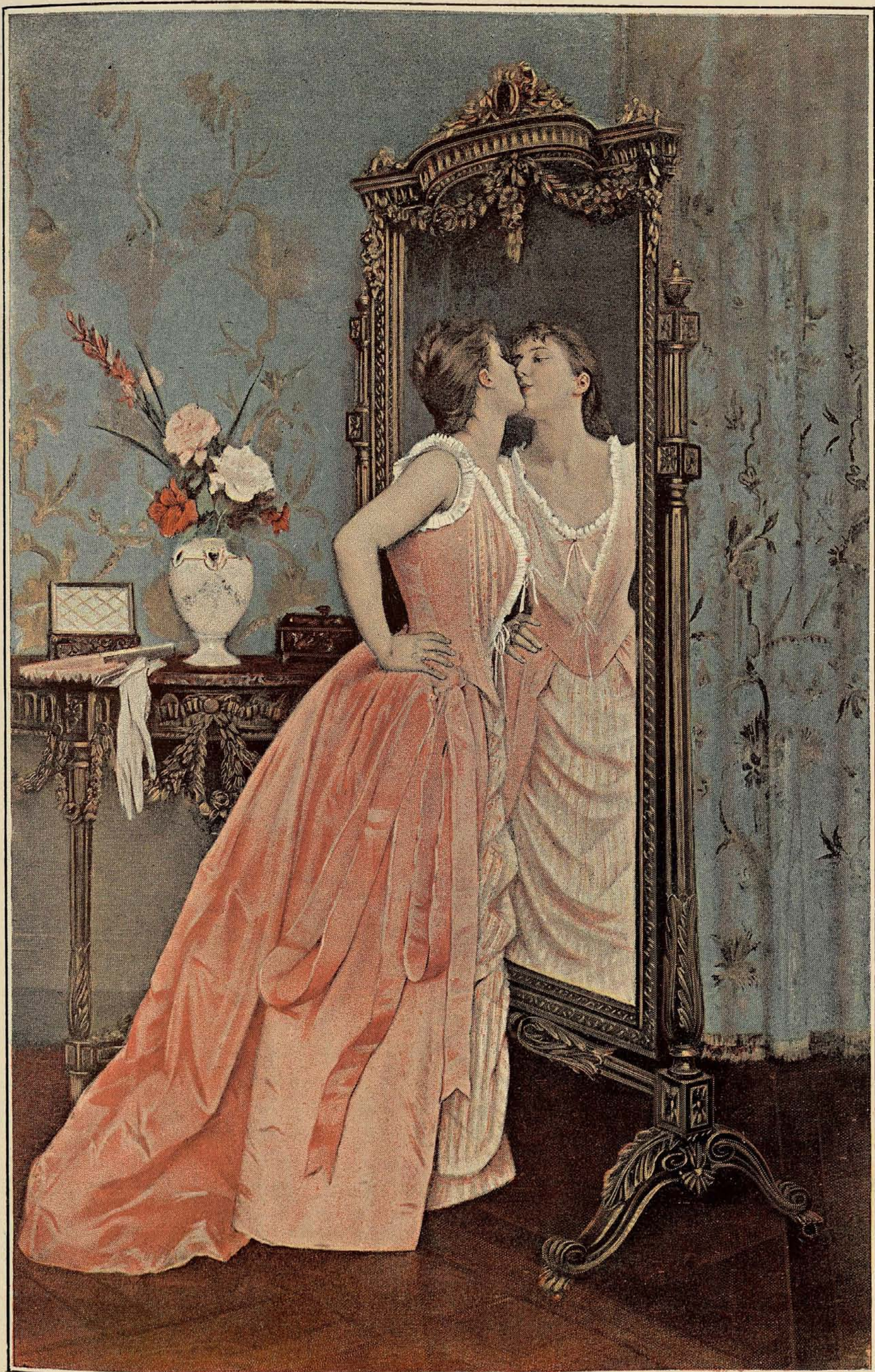
Las representaciones se suspenderían seguramente por la llegada de la cuaresma.

Pues bien, dice la cuenta citada por Schack que los autores de compañías que las representaron fueron Pedro Valdés, Alonso de Olmedo, Cristóbal de Avendaño, *Juan de Morales* y Manuel Vallejo; es decir, que de los cinco, tres eran los mismos que poco más de un mes después representaron en los públicos tablados la tarde de la entrada del de Gales, uno de ellos nuestro Juan de Morales.

Adviértase que no fué la cuaresma obstáculo para las comedias en aquella ocasión.

Por cierto que otro manuscrito de la citada Biblioteca Nacional, el R. 27, que contiene asimismo la relación de la venida del Príncipe de Gales, escrita por un tal Andrés de Mendoza, dice que los tablados en que se representaron comedias la tarde del 26 de Marzo fueron cinco, y que estaban en la plaza de Palacio, San Salvador, bocacalle de San

(1) Tomo IV, nota de la pág. 122.)



Almanaque de *La Ilustración Española*.

Chromotypogravure & Imprimerie Boussod, Valadon & Cie.

« ¡QUÉ LINDA ESTÁS! »

POR TOULMOUCHE.



Ginés, puerta del Buen Suceso y el Hospital de los Italianos, y que representaron en ellos las compañías de Valdés, Vallejo, los Valencianos, Avendaño y Morales, resultando aquí cuatro de los de la cuenta.

El analista de Madrid, León Pinelo, citado por Schack, narra también lo de los tablados, y especifica asimismo los sitios donde estuvieron, que bien mirado son los mismos del códice R. 27, pero no expresa los farsantes que en ellos representaron.

Cita igualmente Schack, en el propio lugar, á cierto viajero inglés, llamado James Howell, de quien copia parte de una carta de fecha 6 de Julio de aquel año 1623, donde refiere que se notaba gran empeño en agrandar al Príncipe, y que una vez á la semana iban cómicos á palacio, en donde, bajo un gran solio, se sentaban la Reina y la Infanta, nuestro Príncipe y D. Carlos á la derecha de la Reina; el Rey y el pequeño cardenal (el infante D. Fernando) á la izquierda de la Infanta.

Este Howell, testigo presencial, que en sus cartas va refiriendo los sucesos que más le llaman la atención en la corte, estaba ya en Madrid en el año anterior de 1622; y en otra carta de 1.º de Agosto de este año, apunta cierta anécdota picaresca referente á la Jusepa de Vaca, así la llama, y su marido, á quien da el nombre de «el comediante Vaca», error explicable en un extranjero, que creería que marido y mujer usaban el mismo apellido.

Refiere que el tal marido salió á la escena con una capa con vueltas de felpa negra y una gran cadena al cuello, con cuyo motivo el Duque de Mediana improvisó estos ingeniosos versos:

Con tanta felpa en la capa
Y tanta cadena de oro,
El marido de la Vaca
¿Qué puede ser sino toro? (1).

Estando Juan de Morales y la Jusepa representando en Madrid en 1622, y habiendo muerto Alonso de Morales años hacía, ¿no es evidente que Juan era el consorte de la Vaca, por más que otra cosa digan D. Casiano Pellicer, Mesonero Romanos, el Conde de Schack y «el mundo de los literatos, de los bibliófilos y de los faranduleros?»

Pero apuntemos para remate otro dato concluyente que nos suministra también el Conde de Schack.

Dice que en la biblioteca del Duque de Osuna se conserva el manuscrito autógrafo de la comedia de Lope de Vega *El poder en el discreto*, con la fecha de Madrid á 8 de Mayo de 1623, es decir, durante la estancia del Príncipe de Gales.

(1) Este desaliñado epigrama es igual en sus equívocos á la quintilla que inserto más adelante, debida á Casanate. Ese Duque de Mediana debió de ser el Duque de Medina de las Torres, grande aficionado á las comedias y no poco á las comediantas, inspector por orden de Felipe IV, juntamente con el disipado Marqués de Heliche, de las comedias que años adelante se representaron en el Buen Retiro. La malicia cortesana le supuso rival del Rey en los favores de la histricón María Calderón, cuyo hijo fué el segundo D. Juan de Austria. Por eso durante las rivalidades que hubo entre la reina viuda D.ª Mariana y el bastardo de Austria, un su enemigo, el jesuita padre Juan Cortés Osorio, escribió aquellas doce décimas que principian:

Un fraile y una corona,
Un Duque y un cartelista
Anduvieron en la lista
De la linda Calderona, etc.

En la cubierta de la comedia se hace la distribución de papeles, que es doble, sin duda para dos compañías distintas; pero la de la derecha es de mano de Lope, y en ella el papel de la dama Serafina está repartido á Jusepa, el de Conde Augusto á Morales, y el de Flora, en ambas distribuciones, á Mariana, que, á no dudar, era la hija de aquellos, Mariana Vaca, que fué mujer en segundas nupcias del autor Antonio García de Prado, quien precisamente en aquel año trabajaba también en Madrid con su compañía, distinta de la de Morales, é hizo comedias en los tablados y en el cuarto de la Reina.

Seguramente la Mariana estaría soltera; de otro modo hubiera trabajado como *autora*, según años adelante lo hizo, en la compañía de su marido y no en la de sus padres.

Ahora que ni al más estrecho de conciencia pueden quedar escrúpulos de que Juan de Morales Medrano fué la legítima conjunta persona de Jusepa Vaca, copiaré aquí algunas de las diatribas dirigidas á entrambos.

Ya he transcrito uno de los sonetos del conde de Villamediana: otro muy conocido también es el en que el mordaz magnate alude implacable á la larga lista de señores de título, *uno y otro duque*, según dice el soneto referido, de quienes supone, malévolo, que recibió galanteos la Jusepa.

Dice así:

Á JOSEFA VACA, COMEDIANTA (1).

Oye, Josefa, á quien tu bien desea,
Que es Villanueva aquesta vida humana,
Y á Villafuerte pasará mañana,
Que es flor que al sol que mira lisonjea.
Muéstrate Peñafiel al que desea,
Si en ferias te da Feria, y á Pastrana,
Que anda el diablo suelto en Cantillana,
Y en Barcarota su caudal se emplea. *
Que es Ríoseco aquesta corte loca,
Que lleva agua salobre, y á Saldaña,
Que pica el gusto y el amor provoca.
Que hasta marido el tiempo desengaña,
Que mucha presunción con edad poca,
Al valor miente y al amor engaña.
Que hallarás, si emplazares,
Salices Alcañizas, no Olivares.

La frase «mucha presunción con edad poca», parece indicar que la Josefa era de años juveniles cuando escribió Villamediana sus sonetos.

Éste la zahirió también de rechazo en cierta décima, harto desenvuelta, dirigida al buen Juan, que, con las debidas reservas, dice:

Á MORALES, EL AUTOR DE COMEDIAS (2).

Morales no quiere ser
..... y es cosa justa;
Mental..... si le gusta
Que reciba su mujer:
Recibir es prometer,
Llave es de amor un diamante,

(1) En esta forma se halla en el códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, M. 200, pero en el M. 8 concluye de este modo:

Que á tu marido á tiempo desengaña,
Que mucha presunción con edad poca
Al valor miente y al amor engaña.
Que hallarás, si plantares,
Fáciles Alcañices, no Olivares.

(2) Hállase en el citado manuscrito M. 8, folio 34.

Y adquiere dominio el dante;
El cuerno en oro se salva,
Porque está mal frente calva
En tan buen representante.

Este epigrama nos suministra el dato de que Morales era calvo.

El Conde de Schack apunta otro dicho punzante contra la Jusepa en una carta de Lope de Vega (1), escrita, á lo que parece, en Toledo, hacia el año 1606, supuesto que dice que su hijo Carlos, que nació en 1603, *anda con calzones*. Va la epístola dirigida al Duque de Sessa, amigo de comediantes, y le dice: «No hay acá cosa nueva más de que el gran Morales vino, y anoche estaban Pastrana, etc.; la señora Josefa Vaca descolorida y *menos arrepentida*. Hiciéronles bailes; vilos desde la calle por la reja, y habiendo dicho ¡vitor! respondió dentro Pastrana: «Esto habíamos de decir nosotros»; y llovieron albricias de boca por todo el aposento.»

Este Pastrana, uno de los que agasajaban á la pareja de histriones, y cuya frase antójase algo equívoca y maleante, ¿sería el Duque de Pastrana del soneto del Conde? Resuélvalo el pío lector.

El dulce Lope, según se ve, no opinaba respecto á la señora Josefa como el punzante Quevedo, que en punto á cosquillas dijo que

No las consintió jamás.

En aquellos tiempos ruaba por la corte un cierto D. Juan Navarro de Casanate, hombre estafalario, á quien se hizo este epitafio:

Aquí yace Casanate
Debajo de aquesta losa,
Que en su vida dijo cosa
Que no fuera un disparate.

Picaba en coplero satírico y disparaba sus dardos muy especialmente contra la gente de la farándula (2), no viéndose libres de su vena Juan y la Jusepa, á quienes dedicó esta ambigua quintilla:

(1) Tomo II, nota de la pág. 208.

(2) Hállanse las coplas de Casanate en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, M. 40, donde se le apellida *poeta ridículo*. En la quintilla que dedica á Roque de Figueroa hace alusión al apellido de otro Roque famoso, Guinart, de quien hizo mención Cervantes en el *Quijote*. Roque Guinart ó Guinarte *florció* por los caminos de Cataluña, juntamente con Testa de Ferro, Fadri del Sau, el Miñón y otros, hasta los años de 1614, poco más ó menos. La quintilla de Casanate dice:

Á ROQUE, FARSANTE.

No pensé tan falso hallarte,
Roque, á mi piedra de toque,
Ni dado á bandolearte;
Mas pues tú me guñas, Roque,
Yo pienso *Roque-guñarte*.

Otra quintilla dedicó al gracioso *Pinelo*, que es quien en la loa de Lorenzo Hurtado llamó autores del *tercio viejo* á Sánchez y Morales.

Dijo Casanate:

Á PINELO, FARSANTE.

Digo, que pues habla al vuelo,
Cuando habla el grande bellaco
Pinelo, bebedorzuelo,
Que Pinelo hecho está Baco
Y que está Baco--*empinelo*.

Á MORALES, FARSANTE.

Si á Morales el decoro
No guardara, por ser flaca,
La Vaca, casto tesoro,
Quien es cabeza de Vaca
Fuera cabeza de toro.

Pero ya hemos visto que no todos zaherian á la Vaca por liviana ni por sufrido á Juan, y en confirmación copiaré aquí parte de un romance, debido al alcalde D. García de Porras, de quien es la letrilla anteriormente inserta:

Á JUSEPA VACA.

Hermosa Jusepa, en quien
Con veneraciones miro
El crédito de los tiempos,
La afrenta de los antiguos:
Peregrino asombro, donde
Es lo menos peregrino
Acción con fuerza de lengua,
Lengua con fuerza de hechizo;
A cuyo nombre le ofrecen,
En las memorias escrito,
Poco bronce todo un cielo,
Poca esfera muchos siglos.

Si Argos vigilante es guarda
De tus despojos divinos,
Ciega sus despiertos ojos,
Pues deslumbras al sol mismo.
Díganlo las veces cuantas
Vencieron en desafío
Todos sus rayos tus ojos,
Todo su pelo tus rizos.
Por guirnaldas, por collarez,
Prometen servir festivos
Sus delicias Amaltea,
El Zodíaco su cinto (1).

Pero queden ya en paz los huesos de la Jusepa y de Juan de Morales allá donde reposen, después de tan zarandados en vida; y los aficionados, que tanta importancia damos á estas bagatelas, tras de las que nos comenos las manos, no desconfiemos de que el día menos pensado alguno del gremio nos presente alborozado la partida de matrimonio de Juan de Morales y la Jusepa Vaca.

JULIO MONREAL.

Contra María de Córlova dijo, con chiste nada pulcro:

Á AMARILIS, FARSANTE.

¡Qué bizarranza salió!
¡No hay quien á ésta se iguale!
El vestido que sacó
¡Aquí de Dios! ¿de dó sale?
Sale

(1) Inserto en el mismo manuscrito que la letrilla. Para deducir el tiempo en que D. García de Porras escribía sus versos á las cómicas de entonces (tiene otros á Anica de Cáceres), puede tenerse presente que dirigió unas décimas á María de Córdova cuando representó *El Purgatorio de San Patricio*, comedia que opina el Sr. Hartzenbusch debió escribirse antes del 23 de Noviembre de 1635, fecha en que el maestro Joseph de Valdivielso firmó la aprobación del primer tomo de las comedias de Calderón, en el que aquella se incluyó.



EL PATIO DE CÓRDOBA.

Vierte el toldo su sombra bienhechora
De gardenias y nardos en las filas,
Y se van entornando las pupilas
Al vaivén de la fresca mecedora.

Quando luego la tarde se evapora,
Suenan las gotas en las anchas pilas,
Como lágrimas lentas y tranquilas
De un soñoliento espíritu que llora.

Avisa la oración el campanario ;
Queda en silencio la ciudad moruna ;
Abre la madre selva su incensario ;
Se adormecen las flores, una á una,
Y Dios descende al patio solitario
En el rayo de nácar de la luna.

ANTONIO FERNÁNDEZ GRILLO.

PENDIENTE DE UNA CUERDA



I.

Ricardo Blásez no podía resignarse á vivir en un mundo tan indiferente con el genio. ¿Qué le importaba ser comprendido de tres ó cuatro compañeros de clase que aseguraban á sus versos la inmortalidad, si sólo había vendido cuatro ejemplares de sus *Nitroglicerinas*,

colección de poesías amargas, en que renegaba de las mujeres y los

hombres? Y no era un soñador: había procurado estudiar experimentalmente la vida, como convenía á un hombre de su época, que sabe la obligación social de todo joven de ideas elevadas: ser moderno. Porque decía, y decía muy bien: «Si no somos modernos los jóvenes, ¿quién lo será en nuestro tiempo?»

¡Nuestro tiempo!—añadía con desdén.—¿Acaso lo es la época en que podíamos disfrutar de la vida, si todo nos lo encontramos ocupado? No hay casa que no tenga su dueño, mujer que no tenga marido ó amante, destino sin su funcionario correspondiente, carrera que no tenga completo el escalafón, ni utilidad que no esté acaparada. He venido á habitar en una sociedad donde no quepo, á menos que me resigne á llevar espueñas de tierra para que otros se hagan casas. Todo el que llega á los cuarenta años pertenece á otro tiempo, no tiene derecho para influir en el nuestro, y decorosamente debería suicidarse para dejar paso á los que vienen. ¿Por qué se obstinan en vivir, si todo lo que poseen y ocupan son nuestras vacantes naturales? ¡Jamás! Jamás llegará la verdadera edad moderna, mientras sean los viejos árbitros del mundo. Ya lo he dicho en la siguiente

NITROGLICERINA.

El mundo está caduco y de su vieja mole
Podrido el armazón:
Hay que prenderle fuego
Y edificarle luego:
Hace falta una nueva creación.
La historia es un cadáver, un sueño lo pasado
Que no ha de revivir:
¡Abajo ese esqueleto!
Que ya palpita en feto
Y empieza á rebullirse el porvenir.
Al fuego las vejeces de Homero y de Virgilio
Y toda vetustez!
No puede haber progreso
Sin destruir lo impreso
Para escribir los libros otra vez.
Ancianos, daos prisa, pedid los santos óleos,
Comprad el ataúd;
Que todo viejo serio
Se marcha al cementerio
Cuando estorba á la alegre juventud.

Este y otros monólogos, y la certidumbre que adquirió experimentalmente Ricardo de que ni los viejos accedían á la delicada invitación de irse al otro mundo, ni él podría disfrutar de su tiempo, sino del futuro, del correspondiente á la generación venidera, le determinaron á quitarse la vida, por no tener de qué vivir en aquel intervalo probable.

—Ó no hay nada detrás de la muerte, ó hay otro mundo—reflexionaba mientras daba cera apresuradamente á la cuerda que había comprado para ahorcarse:—si hay otro mundo, sin duda será más ancho que éste; y si no le hubiera, nada más ancho que la nada, puesto que en ella se tiene que albergar todo lo que acaba para siempre.

Era preciso concluir, y una mañana se encaminó al Retiro; buscó el sitio más frecuentado por las niñas madrugadoras, eligió el árbol más simpático, ató la cuerda á una de las ramas, dispuso el lazo, y el ruido de unas pisadas próximas le determinó á alejarse unos instantes. Cuando volvió no había nadie en las inmediaciones del árbol: trepó por el tronco, y al ir á montar en la rama, vió un viejo que tenía su cuerda puesta al cuello, y le miraba con disgusto.

—¡Todo está ocupado en este mundo!—exclamó con ira Ricardo.—Hasta la cuerda con que quiero estrangularme.

II.

—Anciano—dijo el joven en actitud respetuosa—esa cuerda es mía.

—Joven—repuso el viejo algo confuso—no pienso llevarme al otro mundo este cordel; puede usted recuperarle apenas me haya ahorcado.

—Le he comprado para mi uso particular y tengo el derecho de estrenarle.

—La propiedad varía de carácter según sus condiciones: una horca pertenece por su naturaleza al primer cuello que la ocupa. Puede usted retirarse, que estoy tomando posesión.

—Le niego mi permiso, y cortaré la cuerda al primer movimiento que haga usted para colgarse.

—Quiero irme al otro mundo: no obstruya usted el camino, y déjeme pasar.

—Yo sólo le impido que se balancee usted en mi columpio. Hay doscientas maneras de quitarse la vida.

—Joven, soy más antiguo que usted y debo morir antes. Además, la vida pertenece á la juventud.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que el mundo es de ustedes, y lo que en él tiene valor: el amor, la alegría, la esperanza y la salud.

Ricardo no pudo contener su irritación y cortó la cuerda, diciendo:

—Caballero, puede usted bajar del árbol; me llevo mi cordel.

—¡Joven, joven! Espere usted un momento.

—Ya estoy en el suelo.

—Ayúdeme á bajar.

—Los desesperados se tiran de cabeza.

—Es que he reflexionado y suspendo mi ejecución para otro día.

—Eso es otra cosa: ponga usted la rodilla sobre mi hombro: así. Ya está usted servido.

—Dispéñeme usted—dijo el anciano:—la cuerda encajada con su nudo, pendiente de la rama, incitaba á colgarse por el pescuezo; los escalones del tronco facilitaban la subida, y no pude contenerme. Vendré mañana con un cordel de mi propiedad, y si es preciso traeré un lacayo para que me ahorque. Está usted convidado.

—Agradezco la invitación, pero no puedo aceptarla; no es desaire; crea usted que tendría un gran placer en verle colgado de ese árbol; pero me ahorco hoy mismo y no estoy para perder tiempo.

—Comprendo: le urge á usted abandonar un mundo completamente transformado é insoportable. Ya no se puede vivir. El hombre perdió su dignidad desde que dejó de usar aquellos corbatines de muelle que eran el corsé de la garganta; perdió su tranquilidad cuando introdujo en su despacho el timbre del teléfono; se despidió de la música al advenimiento de una instrumentación complicada, que sólo está al alcance de los sabios; renunció á la literatura amena para leer obras de medicina dialogadas; los que teníamos algunas onzas de oro, sólo tenemos créditos en cuenta acaso imaginarios. Vivíamos en salones y hoy nos embuten en alhacenas. Las malas noticias llegan con rapidez abrumadora; nos creia-

mos únicos dueños de nuestro cuerpo, y sabemos que está atestado de microbios. Hace usted bien en abandonarle. Es verdad que hoy es usted joven; pero esa cualidad pasa en un abrir y cerrar de ojos. Beso á usted la mano.

—Un instante, caballero—repuso Ricardo.—¿Es cierto que encuentra usted verdaderamente moderna la sociedad en que vivimos?

—No le digo á usted más, sino que soy un hombre chafado á la antigua, enamorado de lo viejo, y ni siquiera puedo tomar el chocolate legítimo que sorbía por las mañanas siendo muchacho. Soy madrileño rancio, y puedo asegurarle que en el transcurso de mi vida se ha perdido el acento neto y puro de los hijos de Madrid. Las carnes tenían otro sabor antiguamente; bebemos otras aguas y respiramos otro aire; los chicos de hoy son hombrecillos de corta edad, y de tal modo se me impone lo moderno, que ni siquiera puedo pensar á la antigua libremente.

—Caballero, he sido un grosero al impedir á usted el uso del cordel con que pensaba suicidarme: ¿quiere usted hacerme el obsequio de aceptarlo?

—No; sería abusar.

—De ningún modo; si usted no se sirve de esa cuerda, creeré que me guarda usted rencor.

—Para probarle lo contrario, voy ayudarle á usted á estrangularse tirándole de los pies.

—No lo consiento: va usted á ahorcarse ahora mismo con toda confianza.

—¡Usted!

—¡Usted primero!...

Y después de instarse mutuamente y hacerse cumplidos un buen rato, el viejo se alejó incólume y erguido, y el joven se quedó con la cuerda rota entre sus manos.

III.

—Ese viejo es un impostor—murmuró para sí Ricardo cuando el anciano desapareció de su vista;—dice que lo moderno se nos impone, y yo, que me considero el joven de ideas más modernas, no he sabido elegir otro género de muerte que el usado por Judas hace diez y nueve siglos. Es verdad que yo tenía una idea muy mía: si quise ahorcarme, fué por morir haciendo á la humanidad una mueca despreciativa sacándole la lengua.

Sin embargo, no debo morir sin explicarme, sin escribir otra *nitroglicerina*.

Y sacando la cartera, empezó á versificar en esta forma:

¿Por qué el mundo es tan exiguo
Y limitado lo eterno?

¡Eterno!.... Temo que este consonante me obligue á interpelar al Gobierno. No; es preferible evocar al infierno ó echar un terno. ¡Ah! ya he encontrado la cuarteta.

Porque acapara lo antiguo
La extensión de lo moderno
Pensemos de golpe todo,
Dijeron nuestros mayores
Desde el fenicio hasta el godó....

¿Fenicio? ¿gode? ¿A qué aludir á nadie? Suprimo este verso.

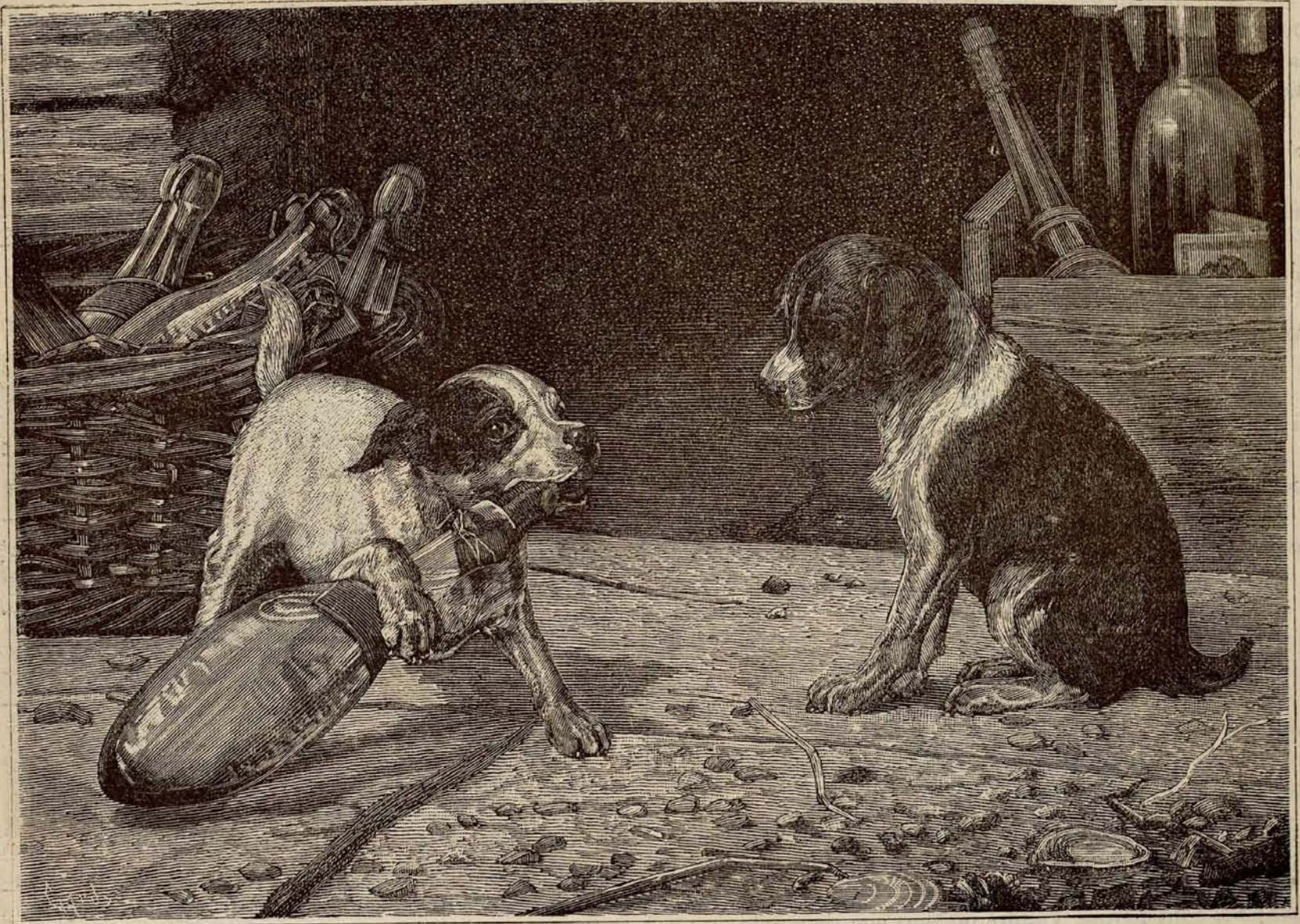
Pensemos de golpe todo,
Dijeron nuestros mayores,
Y evitamos de ese modo
Que haya librepensadores.
Desde el sabio hasta el salvaje
Discurrirán con plantilla.....
E inventaron el lenguaje
Que hablamos de carretilla.

IV.

—¡Ricardo! ¡Aquí está Ricardo!—gritaron algunas voces infantiles.

Y mientras aquél guardaba la cartera, se vió rodeado de tres ó cuatro niños, que le acometieron cabalgando en sus piernas y trepando por su espalda.

—¡Quietos! ¡Quietos!



PROBLEMA.

¿Carretilla? ¿Es poética esa voz? Todo es poético en el verso cuando lo usa un autor bueno.

En las edades oscuras
Tuvo este siglo su albor,
Como las flores futuras
En el germen de la flor.
Y es que en este mundo viejo,
Lo que parece reciente
Tiene el sabor del pellejo
En que estuvo antiguamente.
Hasta la concha de nácar
Que al brillar parece nueva.....

¿Nácar? Apurado me voy á ver para encontrar el consonante..... y no puedo, no debo suicidarme decorosamente sin terminar esta cuarteta.

—¿Para qué has traído esa cuerda?—decía Gabrielito, que se había apoderado del cordel.

—¿Para qué ha de ser una cuerda en el Retiro? Para jugar á la comba—respondió Juanita, saltando con extraordinaria ligereza.

Mientras el joven saludaba á D. Cipriano y D.^a Petra, padres de las criaturas, dos niños se habían dejado enganchar como caballos, y Juanita tiraba de las riendas.

—Ya están mis hijos haciendo de caballerías—dijo doña Petra;—no tienen otra vocación.

Los chiquillos, trotando con delicia, lanzaban relinchos de alegría, amarrados á la cuerda.

D. Cipriano repuso por su parte:

—Se han empeñado en que les llevemos á la Casa de fieras. Y como no van ahora al colegio, á alguna parte han de

ir los angelitos. ¡Si viera usted cómo las remedan! Mi hijo Luis aulla como un lobo. ¡Luis! da un aullido para que te oiga este caballero.

El niño no se hizo rogar, y aulló con perfección.

—¿Qué le parece á usted?—dijo el padre.

—Qué es todo un artista. Dedíquese usted á la escena: eso que hace el niño se paga á peso de oro. Niños, ¡adiós! ¿Me dais la cuerdecita? Yo os la regalaría, pero se me ha escapado un perro.....

Los jóvenes no somos hoy los más modernos, sino los niños; pero ¿qué es lo moderno en esa familia donde los niños aullan como lobos?

Antes no me hubiera suicidado hasta terminar mi estrofa; ahora me ahorcaría por no concluirla; pero ¿cómo? Esos chiquillos han convertido el instrumento de muerte en un juguete, y los padres ni aun sospechan que sus hijos se han enganchado en una horca.

¿Por qué nos estorbaremos tanto los unos á los otros?



SOLUCIÓN.

—¡No! ¡no! ¡Ya es nuestra!
Y se alejaron á galope tendido, sin atender los gritos de los padres.
—¡Niños! Niños!—gritaban éstos inútilmente.
—No se molesten ustedes; me pasaré sin ella, y en vez del perro, me dedicaré á buscar un consonante que no encuentro.
—Si puedo servirle.....—añadió D. Cipriano.
—Es muy difícil: busco un consonante á nácar.....
—Pues le diré que conozco una familia que rima con esa voz: la familia de Acar. Y por si vale el aviso, recuerde usted la acción de Lácar.
—¡Acar! ¡Lácar!—repetía Ricardo al quedarse solo;—aunque tuviera la cuerda, no podría atar á mi quarteta ninguno de esos consonantes.

Unos me impiden vivir, y los otros no me dejan morir. ¿A que tendré necesidad de quitarle mañana al viejo su cuerda y su lacayo?

Hasta la concha de nácar
Qué al brillar parece nueva,
Acaso escrito en el nácar
Signos del diluvio lleva.

Pero ¿cómo me ha salido tan fácilmente esta quarteta? Ya puedo morir tranquilo...

Soy un imbécil: un farsante; he rimado nácar con nácar.

Y lleno de furor arrojó lejos de sí la cartera con tan mala suerte, que dió en la nariz de una señorita que en aquel momento aparecía, acompañada de su mamá.

V.

La joven dió un pequeño grito: la mamá miró colérica á Ricardo. Éste perdió un momento el uso de la palabra, y por último dijo:

—Señoras, he sido un bárbaro y un torpe. Merecería que me castigasen ustedes, y como no han de hacerlo, voy á castigarme yo mismo. Ojo por ojo, diente por diente y nariz por nariz.

Y dándose en la suya un puñetazo, lo hizo tan al vivo y con tan poca fortuna, que brotó por sus fosas nasales un caño de sangre.

—¿Qué ha hecho usted, caballero?

—¡Qué atrocidad!

—Va usted á desangrarse....

—Ha llenado su pañuelo: tome usted el mío....—decía la señorita.

—Yo necesitaba darles á ustedes una satisfacción.

—Y nos ha dado un disgusto.

—No le haga hablar, niña. Caballero, tápese usted la nariz, y vamos hacia el estanque: esa hemorragia no se corta hasta lavarse: tú también debes lavarte, Elisa, porque tu nariz se empieza á hinchar. ¡Vamos, pronto!

Y apretando el paso, llegaron á la fuente egipcia, de cuyo pilón se sirvieron como de jofaina, no sin que se detuvieran á corta distancia, con curiosidad, las gentes madrugadoras que paseaban á orillas del estanque.

—Caballero—dijo la mamá—sentimos haberle ocasionado este percance, pero debemos separarnos; hemos llamado la atención.

—Señora—repuso Ricardo—por lo mismo que hemos llamado la atención, no podemos separarnos.

—¿Qué dice usted?

—Que las gentes nos han visto juntos, á mí sangrando por la nariz y á Elisa con la nariz hinchada; y si ahora nos separamos, creerán que esta señorita y yo nos hemos dado de puñetazos, y como yo he llevado la peor parte, dirán que usted también ha intervenido en nuestra cachetina.

—¡Ay, mamá, tiene razón!

—¿Y qué haremos?

—Reirnos, pasear juntos, entrar en una lancha y hacer ver á los curiosos que estamos en la mejor armonía.

—¿Qué te parece, niña?

—Me parece necesario lo que dice este caballero.

—Pues que empiece él á reirse....

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Je! ¡je! ¡je!

—¡Ji! ¡ji! ¡ji!

—Los curiosos se retiran disgustados.

—Creían presenciara una tragedia.

—Y ven que todo era un sainete.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

VI.

Cuando tres personas se han reído juntas, se establece entre ellas muy pronto la confianza, y es que el placer une á los hombres, como la tristeza los separa.

—¿Le duele á usted la nariz?—decía Ricardo con interés á Elisa.

—Ni siquiera siento que la tengo. ¿Y usted?

—Yo la estoy disfrutando.

—No entiendo.

—Es muy sencillo: nadie siente que tiene nariz hasta que le incomoda; de manera, que la poseemos sin gozar su dominio. Ahora no me duele, pero noto que me está creciendo, y sé no sólo que existe en mi cara y es mía, sino que estoy en la plenitud de su posesión. ¿Tiene usted la bondad de decirme si ha ensanchado con exceso?

—Puede pasar todavía.

Y con el pretexto de mirarse la nariz, sus miradas se robaban con placer, mezclando su fluido.

Media hora después habían tomado juntos el chocolate, y Ricardo no podía comprender cómo había podido pensar en el suicidio, en una mañana tan risueña, entre arboledas tan verdes, y cuando los pájaros piaban con tanto regocijo.

Los ojos de Elisa cada vez eran más simpáticos; Ricardo sintió por primera vez que era joven; hasta entonces sólo había sido moderno, es decir, innovador, en un sentido literario y filosófico.

Cuando tres personas han tomado juntas el chocolate en el Retiro, la confianza se convierte en intimidad, sobre todo si el mozo ha preguntado, como lo hizo, dirigiéndose á Ricardo:

—El chocolate, ¿le quiere usted con mojiçón?

A lo que contestó Ricardo con presteza:

—Gracias: el mojiçón ya le he tomado.

VII.

¿Quién había de decir á Ricardo que el paseo en lancha por el estanque, á que invitó á las dos señoras, había de concluir en un naufragio?

¿Quién piensa en la muerte, cuando se siente en plena eflorescencia y entre dos cielos, el de arriba, de un azul celeste, y el de dos ojos negros que llevan al ánimo promesas celestiales?

Un solo momento sintió escrúpulos....

¿Se estaría enamorando como sus bisabuelos? ¿Rendiría el reformador culto á la tradición de amar?

Pero la lancha era algo estrecha. Cuando las miradas de dos jóvenes se cruzan con insistencia, se establece una corriente de simpatía: si los pies se rozan al mismo tiempo, se forma círculo magnético. Nada se ve, nada se oye y no se atiende á nada. Ricardo y Elisa no veían á la mamá, que estaba al lado.

Bogaban y bogaban hacia la barandilla del estanque. Ricardo quiso aproximarse á la niña: ésta se retiró modestamente: el joven se deslizó para ganar terreno, y desnivelándose la barca, amenazó con irse á pique.

Ricardo se levantó instintivamente, mientras las señoras se acurrucaban en el banco. El galán vaciló, quiso mantener el equilibrio, oyó voces infantiles que le llamaban por su nombre y sintió una impresión de frialdad en todo el cuerpo, ansia de vivir, angustia y el vacío en todas partes. Luego

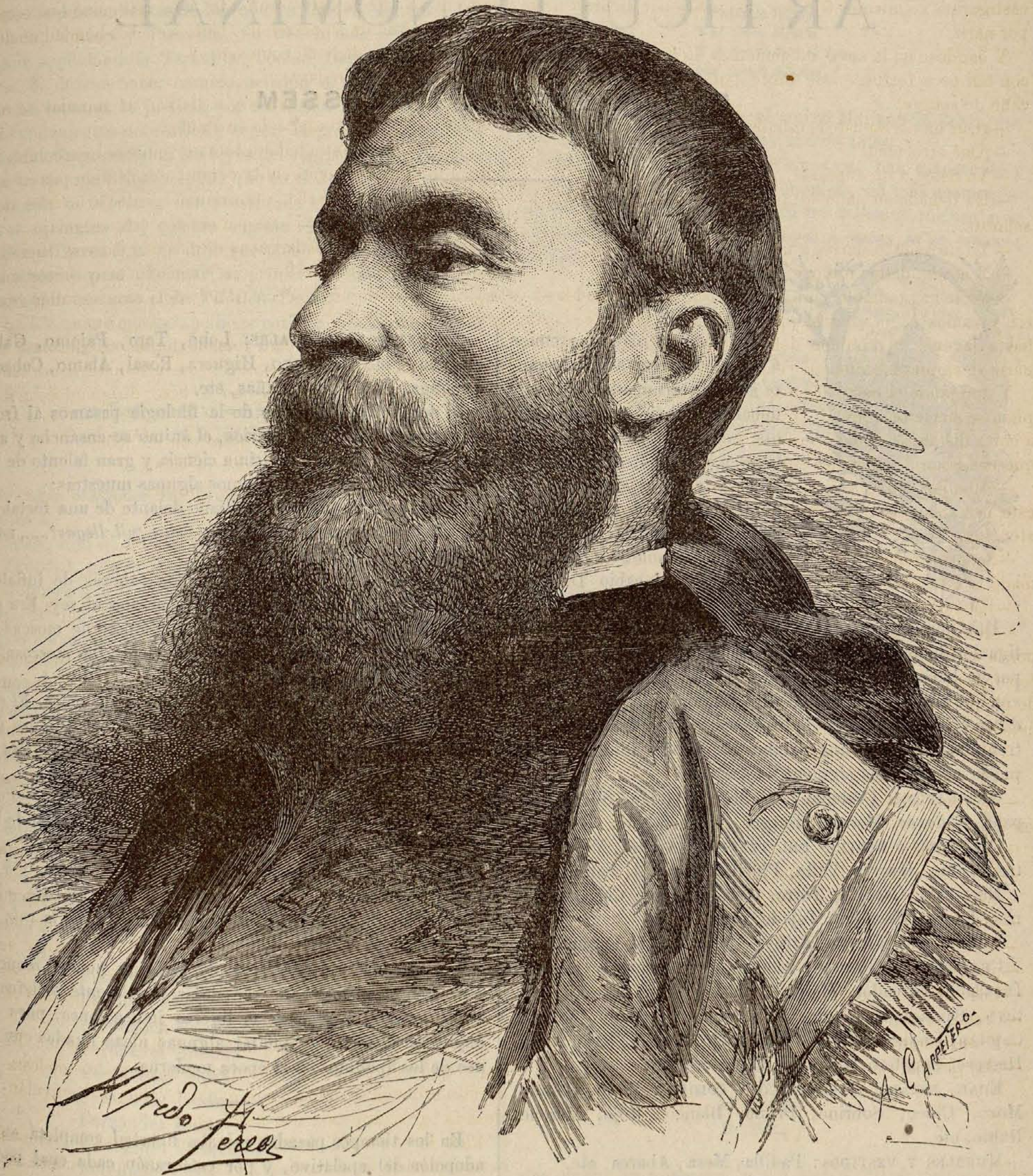
sus manos oprimieron con fuerza un objeto resistente.... se sintió arrastrado hacia el aire, y respiró con avidez.

Primero vió á Elisa en la barca abrazada á su madre y que lloraba y reía á la vez: después á Gabrielito y Luis y D. Cipriano, en la barandilla del estanque, y vió en su mano

el objeto salvador que le había devuelto á la vida sacándole del agua.

Era la cuerda que había llevado al Retiro para ahorcarse.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



CASTO PLASENCIA, LAUREADO PINTOR.

Nació en Cañizar (Guadalajara), en 1846; † en Madrid el 18 de Mayo de 1890

ARTÍCULO NOMINAL

POR EL DOCTOR THEBUSSEM



Así como se ofrecen premios á los que escriben acertadamente sobre determinadas materias, deberían existir concursos en que se galardonara á los que leyesen y entendiesen ciertos libros. Y como ejemplo de las obras llamadas á certamen de lectura, propondría yo el *Ensayo histórico sobre los apellidos castellanos* del sabio D. José Godoy Alcántara.

Hay muchas gentes que nunca se han fijado en la investigación histórica y filológica del apellido, y que ignoran, por no haber parado mientes en ello, de dónde proviene esa voz que sirve de lazo moral á las familias. No pasa el apellido en el mayor número de los casos, y exceptuando los patronímicos, de ser una palabra del propio idioma, según puede verse en los siguientes ejemplos :

GEOGRÁFICOS: Castellano, Gallego, Catalán, Silvela, España, Cánovas, Moratín, Burgos, Valencia, etc.

CALIDADES Ó DESTINO DEL TERRENO: Arenal, Vega, Castro, Monte, Huerta, Valle, Pineda, Carvajal, Salinas, etc.

EDIFICIOS: Castillo, Torre, Casa, Puente, Calzada, Corral, Puerta, Escalera, Tejado, etc.

AGUAS: Río, Fuente, Arroyo, Pozo, Lago, Laguna, etc.

CREENCIAS RELIGIOSAS, DIGNIDADES, CARGOS Y OFICIOS: Diosdado, Salvador, Mesía, Asensio, Cruz, Iglesia, Santoyo, Santaolalla, Samper, Cardenal, Coronado, Merino, Capitán, Duque, Conde, Rey, Jurado, Adalid, Paje, Abad, Herrero, Zapatero, Verdugo, Espartero, etc.

EDAD, ESTADO, PARENTESCO Y COLORES: Viejo, Casado, Mozo, Chico, Sobrino, Primo, Blanco, Rojo, Moreno, Rubio, etc.

MUEBLES Y VESTIDOS: Padilla, Mesa, Abarca, etc.

CUALIDADES Y DEFECTOS: Lozano, Garrido, Gallardo, Bueno, Malo, Valiente, Crespo, Izquierdo, Mellado, Calvo, Delgado, etc.

ANIMALES Y VEGETALES: Lobo, Toro, Palomo, Gallo, Sardina, Pino, Manzano, Higuera, Rosal, Álamo, Cebada, Lechuga, Pita, Junco, Cañas, etc.

Si desde el árido campo de la filología pasamos al frondoso terreno de los nobiliarios, el ánimo se ensancha y alegra al considerar la hondísima ciencia y gran talento de los intérpretes de apellidos. Veamos algunas muestras:

Preséntase un valeroso cristiano delante de una fortaleza guardada por moros, y diciéndole éstos *¿vil, llegas?.....*, nace la familia de los *Villegas*.

Otro caballero corta unas cuantas cabezas de infieles; cárgalas en una mula y se presenta con ellas al rey. Era sin duda tiempo de verano; acude gran número de moscas, y el monarca le pregunta:—¿De dónde vienes tan *moscoso?*—Ese será mi apellido, responde el adalid.

Fortún Gómez se porta bizarramente en la pelea. El rey lo halla digno de galardón, y no sabiendo el nombre del soldado, que era flaquísimo de cuerpo, dice: *Prémiese al magro.....*, y de aquí nace el apellido *Almagro*.

—Señor, deseo que me concedáis aquella tierra.—Pues *háyalà*, replicó el emperador, motivando el tronco de los *Ayalas*.

Alonso Fernández corre veloz de una parte á otra, y á su brio y ligereza se debe el buen éxito del combate.—No hombre sino *águila era*, dice el capitán, y forma la raíz de los *Aguileras*.

Los aficionados á esta clase de historias pueden recurrir á los genealogistas si quieren dejar plenamente satisfecha su curiosidad. Basten estas ligeras indicaciones, pues mi objeto no es más que apuntar algunas ideas ligadas con el uso de los apellidos en la época moderna.

En los tiempos pasados reinaba libertad completa en la adopción del apelativo, y por esta razón cada cual podía elegir el que le fuese más grato.

*Diagote Melendo soy,
Fijo de Ximén Velásquez.*

dice un personaje de Vélez de Guevara; y Sancho Panza advierte que D.^a Mencia de *Quiñones* fué hija de D. Alonso *Marañón*, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura. No hay, pues, el motivo de sorpresa y admiración que muchos demuestran al notar en documentos oficiales que el hijo de Pérez se apellidaba *Suárez*, y el de Palomino *Cornejo*.

Hoy es forzosa la herencia del nombre de familia, y por tanto los descendientes de los que se llamen Manteca, Degollada, Tocino y Taravilla, no tienen más remedio que seguir apellidándose Taravilla, Tocino, Degollada y Manteca. Si desean hacer cambio, adición ó modificación, no pueden tomarse la justicia por su mano. Necesitan alegar los fundamentos necesarios y seguir el prolijo y minucioso expediente que señalan las leyes del Registro civil. No hace mucho tiempo (Enero 1890) que en el Juzgado de primera instancia de Morón se han presentado el Conde de Daoiz y otros parientes del célebre capitán de artillería D. Luis Daoiz y Torres (que no dejó sucesión) pretendiendo que se les autorice para adicionar su primer apellido *Villalón*, y usar como uno solo el de *Villalón-Daoiz*.

La ley quiere que los apellidos paterno y materno se unan por medio de las conjunciones Y ó É, diciendo:

Juan Rodríguez y Sánchez.
Teodora García é Infante,

con cuyas oraciones se forman verdaderas elipsis equivalentes á

JUAN, hijo de Fulano Rodríguez y de Fulana Sánchez; y
TEODORA, hija de Mengano García y de Mengana Infante.

Notemos que D. Alfonso de Ercilla y Zúñiga, y D. Francisco de Quevedo y Villegas, usaron sus apellidos del modo y con los requisitos que en la actualidad se exigen.

Si el principal objeto del nombre es el de señalar y particularizar al individuo, justo es que éste haga lo posible para señalarse, distinguirse y diferenciarse de los demás. Por eso los comunes patronímicos españoles piden á voces una añadidura que los levante de su vulgaridad, y que llegue á constituir con el tiempo, y á despecho de las leyes, un nuevo apelativo formado con dos palabras.

Supongamos que alguien dijese que le habían regalado un magnífico retrato de *Fernández*. El auditorio se quedaría en ayunas, pues *Fernández* ó un tal *Fernández*, es sinónimo de un cualquiera. Es necesario agregar, para que se entienda á quién nos referinos, que la imagen es de

Fernández-Guerra
Fernández Grilo
Fernández Flórez
Fernández Bremón
Fernández Cuesta
Fernández Jiménez
Fernández Duro
Fernández Villaverde
Fernández Shaw
Fernández Espino
Fernández San Román
Fernández de Castro

Fernández de Córdoba
Fernández de los Ríos, etc., etc., etc.

Claro es que la supresión de la Y es la que parece evadir el precepto legal en algunos de los nombres de la lista anterior. Inventarios semejantes podían formarse con los Sánchez, Jiménez, Garcías, Rodríguez, etc.

Federico Bedoya
Y el nuevo alcalde
Y el *Frascueto* y el *Tato*,
Son cuatro *Sánchez*,

decía un salado artículo de mi amigo Mariano de Cavia, que publicó *El Liberal* del 22 de Julio de 1890.

Existen, sin embargo, individuos que han mantenido y mantienen á palo seco su patronímico, sin más acompañamiento que el nombre de pila. Si no sabemos quiénes sean Álvarez, Pérez, González ó López á secas, si se conocen diciendo

D. Cirilo Álvarez
Miguel de los Santos Álvarez
Antonio Pérez
Fray Diego González
Fray Zeferino González
D. Venancio González.
D. Juan Gualberto González
D. Antonio López
D. Leocadio López
Matias López
D. Joaquín María López
Gregorio López, etc., etc.

Ciertos apellidos dobles se dicen siempre por entero; de otros solamente la mitad menos común, sea ésta la primera ó sea la segunda. Se nombran por entero á

Martínez de la Rosa
Martínez Campos
López Baños
López Domínguez
Romero Ortiz
Bravo Murillo
González Bravo
Posada Herrera
Sánchez Silva
Ferrer del Río
Núñez de Arce
García Gutiérrez
Ríos Rosas, etc., etc.

Con su primera mitad se citan á

Calderón,
Cánovas y
Bretón,

que nadie los conocería si tan sólo dijésemos Barca, Castillo y Herreros, ó sean las segundas mitades de sus nombres.

El caso contrario tenemos en